

## CANTO XXXII.

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta D. Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Excelente virtud, loable cosa,  
De todos dignamente celebrada,  
Es la clemencia ilustre y generosa,  
Jamás en bajo pecho aposentada:  
Por ella Roma fué tan poderosa,  
Y más gentes venció que por la espada,  
Domó y puso debajo de sus leyes  
La indómita cerviz de grandes reyes.  
No consiste en vencer solo la gloria,  
Ni está allí la grandeza y excelencia:  
Sino en saber usar de la vitoria  
Ilustrándola más con la clemencia.  
El vencedor es digno de memoria;  
Que en la ira se hace resistencia,  
Y es mayor la victoria del clemente,  
Pues los ánimos vence juntamente.  
Y así no es el vencer tan glorioso  
Del capitan cruel, inexorable:  
Que cuanto fuere menos sanguinoso,  
Tanto será mayor y mas loable;  
Y el correr del cuchillo riguroso  
Mientras dura la furia es disculpable:  
Mas pasado despues á sangre fria  
Es venganza, crueldad y tiranía.  
La mucha sangre derramada ha sido,  
Si mi juicio y parecer no yerra,  
La que de todo en todo ha destruido  
El esperado fruto desta tierra:  
Pues con modo inhumano han excedido

De las leyes y términos de guerra,  
Haciendo en las entradas y conquistas  
Crueldades enormes nunca vistas.

Y aunque esta en mi opinion dellas es una,  
La voz comun en contra me convence,  
Que al fin en ley de mundo y de fortuna  
Todo le es justo y licito al que vence.  
Mas dejada esta plática importuna  
Me parece ya tiempo que comience  
El crudo estrago y excesivo modo  
En parte justo y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,  
En medio del furor y arremetida,  
Y la callada y encubierta muerte  
De mil géneros de armas prevenida;  
Llevado pues del hado y dura suerte  
Con presto paso y con fatal corrida  
Emboca por la puerta y falsa entrada  
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno! ¡qué fracaso extraño,  
Qué riza, qué destrozo y batería  
Hubo en la triste gente, que al engaño  
Ciega pensando de engañar venia!  
¿Quién podrá referir el grave daño,  
La espantosa y tremenda artilleria,  
El ñublado de tiros turbulento  
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,  
Otros llevados la cabeza y brazos,  
Otros sin forma alguna machucados,  
Y muchos barrenados de picazos:  
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,  
Lloviendo léjos trozos y pedazos,  
Higados, intestinos, rotos huesos,  
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina  
Cuando con grande estrépito revienta,  
Que la furia del fuego repentina  
Las torres vuela y máquinas avienta:  
Con más estruendo y con mayor ruina  
La fuerza de la pólvora violenta  
Voló y hizo pedazos en un punto  
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna  
Despedazó el ejército araucano,  
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna  
Que errase el golpe ni cayese en vano;  
Nunca se vió morir tantos á una,  
Y así aunque yo apresure más la mano,  
No puedo proseguir, que me divierte  
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,  
Cuando por verse fuera en campo raso  
Los caballos á un tiempo espoleados  
Rompen la entrada y ocupado paso,  
Y en los segundos indios, que ovillados  
Estaban como atónitos del caso  
Hacen riza y mayor carnicería  
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando  
Abre sangrienta y ancha la salida,  
Quién á diestro y siniestro golpeando  
Priva aquestos y aquellos de la vida:  
No hay ánimo ni brazo allí tan blando  
Que no cale y ahonde la herida,  
Ni espada de tan grueso y boto filo  
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurarlos,  
Y figurar las formas de los muertos,  
Unos atropellados de caballos,  
Otros los pechos y cabeza abiertos,  
Otros, que era gran lástima mirarlos,  
Las entrañas y sesos descubiertos:  
Vieran otros deshechos y hechos piezas,  
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,  
El miserable y lastimoso duelo,  
El rumor de las armas y alaridos  
Hinchen el aire y cóncavo del cielo;  
Luchando con la muerte los caidos  
Se tuercen y revuelcan por el suelo,  
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas  
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto  
Al embaucado Pran, que estaba fuera,  
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto

El traidor de Andresillo le dijera,  
La pena y sentimiento pudo tanto,  
Que aunque escaparse el misero pudiera,  
En medio de las armas desarmado  
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,  
A los cuales llegó solo el estruendo,  
Volviendo las espaldas presurosos  
Muestran las plantas de los piés huyendo;  
Los nuestros del alcance deseosos  
En carrera veloz los van siguiendo,  
Hiriendo y derribando en los postreros  
Los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes, que estimaban  
La ganada opinion mas que la vida,  
Volviendo el pecho y armas refrenaban  
El ímpetu de muchos y corrida;  
Y aunque con grande esfuerzo peleaban  
Era presto la guerra difinida:  
Que la furiosa muerte allí su espada  
Traia de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando  
Se forman por mil partes los ñublados,  
Que van unos creciendo, otros menguando,  
Otros luego de nuevo levantados;  
Mas el Norueste frígido soplando  
Los impele y arroja amontonados,  
Hasta buscar del ábrego el reparo  
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada  
En partes dividida se esparcía,  
Y á las veces juntándose esforzada  
Haciendo cuerpo y rostro revolvía;  
Pero de la violencia arrebatada  
Dejó el campo y banderas aquel día,  
Quedando de los rotos escuadrones  
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,  
Y acabado el alcance y seguimiento,  
Los presos y despojos repartidos,  
Volvímos al dejado alojamiento:  
Donde trece caciques elegidos,  
Para ejemplar castigo y escarmiento,

A la boca de un grueso tiro atados  
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos  
Si en el monton y número de gente  
Algunos de los indios valerosos  
Fueron muertos allí confusamente ;  
Pues en todos los hechos peligrosos  
Rango, Orompello y Tucapel valiente  
Iban delante en la primera hilera  
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia  
Capitan ni cacique señalado,  
Visto que el general usado habia  
De fraude y trato entre ellos reprobado,  
Diciendo ser vileza y cobardía  
Tomar al enemigo descuidado,  
Y victoria sin gloria y alabanza  
La que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa  
Los escapó del trance y muerte cruda,  
Que ninguno por ruego ni otra cosa  
Quiso en ello venir ni dar ayuda,  
Teniendo por hazaña vergonzosa  
Vencer gente sin armas y desnuda :  
Que el peligro en la tierra es el que honra,  
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolican desta jornada  
Roto, deshecho y falto de pujanza,  
Que fué mucha la sangre derramada,  
Y poca de su parte la venganza :  
El cual, viendo la turba amedrentada  
Y el ardor resfriado y la esperanza,  
Deshizo el campo entonces conveniente,  
bando licencia á la cansada gente.

Quisose entretener mientras pasaba  
De los contrarios hados la corrida,  
Conociendo de sí que peleaba  
Con cansada fortuna envejecida ;  
Así la gente en partes derramaba  
Con órden que estuviese apercebida  
En cualquiera ocasion y movimiento,  
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,

Gente de confianza y valentía,  
Ora en el monte inculto, ora en poblado,  
Desmintiendo los rastros parecia,  
Y en lugares ocultos alojado  
Jamás gran tiempo en uno residia,  
Usando de su bárbara insolencia  
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino  
Andábamos haciendo mil jornadas,  
No dejando lugar circunvecino  
Que no diésemos salto y trasnochadas ;  
Y en los mas apartados del camino  
Hallábamos las casas ocupadas  
De gente foragida de la tierra,  
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo que de grado volveria  
A sus yermas estancias y heredades,  
Pero que el general los compelia  
Usando de inhumanas crueldades ;  
Y si en esto remedio se ponía,  
Llanas estaban ya las voluntades  
Para dejar las armas los soldados  
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado  
Se puso en inquirir toda la tierra,  
No quedando lugar inhabitado,  
Monte, valle, ribera, llano y sierra  
Donde no fuese el bárbaro buscado ;  
Mas por bien ni por mal, por paz ni guerra,  
Aunque todo con todos lo probamos,  
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento  
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,  
Ni caricia, interés ni ofrecimiento  
Jamás á corromper bastó á ninguno ;  
Andábamos atónitos y á tiento  
Segun la variedad de cada uno,  
De dia, de noche, acá y allá perdidos,  
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia  
Por caminos y pasos desusados,  
Llevando por escolta y compañía  
Una escuadra de pláticos soldados,

Dimos en una oculta ranchería  
De domésticos indios ausentados,  
Que por ser grande el bosque y la distancia  
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba  
En la cabeza una mujer herida,  
Moza que de quince años no pasaba,  
De noble traje y parecer vestida;  
Y en la color quebrada se mostraba  
La falta de la sangre, que esparcida  
Por la delgada y blanca vestidura  
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traído  
A lugar tan extraño y apartado,  
Cómo y por qué razon la habian herido  
Y de inhumana crueldad usado:  
Ella con rostro y ánimo caído,  
Y el tono del hablar debilitado,  
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida  
La muerte triste tras la alegre vida.

«Porque entiendas el dejo y desvarío  
Que el humano contento trae consigo,  
Aun no es cumplido un mes que el padre mío  
Usando de privado amor conmigo  
Me dió esposo elegido á mi albedrío,  
Esposo y juntamente grande amigo,  
Tal y de tantas partes, que yo creo  
Que en él hallará término el deseo.

«Pero su esfuerzo raro y valentía,  
Que della por extremo era dotado,  
Le trujo á la temprana muerte el día  
Que fué nuestro escuadrón despedazado:  
Donde cerca de mí que le seguía  
Un tiro le pasó por el costado,  
Que fuera menos crudo y mas derecho  
Si abriera antes el paso por mi pecho.

«Cayó muerto quedando yo con vida,  
Vida mas enojosa que la muerte;  
Mas viéndome un soldado así afligida,  
En parte condolido de mi suerte,  
Me dió por acabarme esta herida  
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte  
Que mi espíritu suelto le siguiese,

Y un bien tras tanto mal me sucediese.

«Dió conmigo en el suelo fácilmente,  
Aunque no me privó de mi sentido,  
Pasando el golpe y furia de la gente  
En confuso tropel con gran ruido;  
Pero luego un cacique mi pariente,  
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,  
En brazos me sacó del gran tumulto,  
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

«Donde espero morir cada momento;  
Mas ya como esperado bien se tarda,  
Que es costumbre ordinaria del contento  
No acabar de llegar á quien le aguarda,  
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,  
Conmigo el cielo término no guarda,  
Ni la llamada muerte á tiempo viene,  
Que mi deseo la impide y la detiene.

«La vida así me cansa y aborrece,  
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,  
Que cada hora que vivo me parece  
Que cometo maldad, pues no le sigo;  
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,  
Usa tú de piedad, señor, conmigo,  
Acabando hoy aquí lo que el soldado  
Dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste jóven luego luego  
Demandaba la muerte, de manera  
Que algun simple de lástima á su ruego  
Con bárbara piedad condescendiera;  
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego  
Labró en mi inculto pecho, viendo que era  
Mas cruel el amor que la herida,  
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado  
Y traído á que viese claramente  
Que era el morir remedio condenado,  
Y para el muerto esposo impertinente:  
Con el zumo de yerbas aplicado,  
Medicina ordinaria desta gente,  
Le apreté la herida lastimosa,  
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un práctico ladino  
Para que poco á poco la llevase,

Y en los tomados pasos y camino  
Del peligro al pasar la asegurase,  
Partir á mi jornada me convino ;  
Mas primero que della me apartáse  
Supe que se llamaba Lauca, y que era  
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando  
Sin hallar otra cosa de importancia ,  
Iba con los soldados platicando  
De la fe de las indias y constancia ,  
De muchas aunque bárbaras loando  
El firme amor y gran perseverancia ,  
Pues no guardó la casta Elisa Dido  
La fe con mas rigor á su marido.

Mas un soldado jóven , que venia  
Escuchando la plática movida ,  
Diciendo, me atajó, que no tenia  
A Dido por tan casta y recogida ;  
Pues en la *Encida* de Maron veria ,  
Que del amor libidino encendida ,  
Siguiendo el torpe fin de su deseo  
Rompió la fe y promesa á su Siqueo.

Visto pues el agravio tan notable  
Y la objecion siniestra del soldado  
Por el gran testimonio incompensable  
A la casta fenisa levantado ,  
Pareciéndome cosa razonable  
Mostrarle que en aquello andaba errado  
Él y todos los mas que me escuchaban ,  
Que en la misma opinion tambien estaban :

Les dije, que queriendo el Mantuano  
Hermosear su Enéas floreciente ,  
Porque César Augusto Octaviano  
Se preciaba de ser su descendiente ,  
Con Dido usó de término inhumano  
Infamándola injusta y falsamente ,  
Pues vemos por los tiempos haber sido  
Enéas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme ,  
Que así Virgilio á Dido disfamase ,  
Haciendo instancia todos en pedirme  
Que su vida y discurso les contase ;  
Yo pensando tambien con divertirme

Que la cuerda al trabajo algo aflojase,  
Los quise complacer, y tambien quiero  
Daros aquí razon de mí primero.

Cuento una vida casta, una fe pura ,  
De la fama y voz pública ofendida,  
En esta no pensada coyuntura  
Por raro ejemplo y ocasion traida ;  
Y una falsa opinion que tanto dura  
No se puede mudar tan de corrida,  
Ni del rudo comun mal informado  
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo  
Cosa que sea de gusto ni contento ,  
Sin dejar de picar siempre el caballo ,  
Ni del tiempo perder solo un momento ,  
No pudiendo eximirme, ni escusallo  
Por ser historia y agradable el cuento ,  
Quiero gastar en él, si no os enfada ,  
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido ,  
Tan seco, tan estéril y desierto,  
Y el estrecho camino que he seguido  
A puros brazos del trabajo abierto ,  
A término me tienen reducido,  
Que busco anchura y campo descubierta,  
Donde con libertad sin fatigarme  
Os puedo recrear y recrearme.

Viendo que os tienen sordo y atronado  
El rumor de las armas inquieto,  
Siempre en un mismo ser continuado  
Sin mudar són ni variar sujeto :  
Por esparcir el ánimo cansado ,  
Y ser el tiempo cómodo y quieto,  
Hago esta digresion, que acaso vino  
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente  
Que destruye una honra es bien oida ,  
Y á la reina de Tiro injustamente  
Infama y culpa su inculpable vida :  
La verdad que es la ley de toda gente ,  
Por quien es en su honor restituida ,  
¿Por qué no debe ser siendo cantada  
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido ,  
 Demás de ser cual veis importunado ,  
 Es el honor de la constante Dido  
 Inadvertidamente condenado ;  
 Preste pues atencion y grato oido  
 Quien á oír la verdad es inclinado ,  
 Que el mal ofende aun dicho en pasatiempo  
 Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada ,  
 Setenta años contados comunmente ,  
 Por Dido , ilustre reina venerada  
 Por diosa un tiempo de la tiria gente :  
 Del rey Belo su padre fué casada  
 Con el sumo pontífice asistente  
 Del gran templo de Alcides , el cual era  
 Despues del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado  
 A quien Dido guardó la fe inviolable ,  
 Varon sábio en sus ritos y abastado  
 De bienes y tesoro inestimable ;  
 Mas lo que para alivio habia llegado ,  
 Fué causa de su muerte miserable :  
 Que en fin lo que codicia mucha gente  
 Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos ,  
 Uno Pigmaleon y el otro Dido ,  
 A quien en los consejos postrimeros  
 Encargó la hermandad y amor unido :  
 Lo cual aunque duró los dias primeros ,  
 De codicia el hermano corrompido  
 Por haber los tesoros del cuñado ,  
 Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la mujer su muerte tanto ,  
 Que no bastando á resistir la pena ,  
 Soltó con doloroso y fiero llanto  
 De lágrimas un flujo y ancha vena ,  
 Y cubriendo de triste y negro manto  
 Lbs bellos miembros y la faz serena ,  
 Con pompa funeral ceremoniosa  
 Dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio  
 Fué el soberbio sepulcro y monumento ,  
 No igualó en la grandeza el edificio

Al dolor de la reina y sentimiento :  
 Que siempre con devoto sacrificio  
 Y continuos sollozos y lamento ,  
 Llamando al sordo espiritu hacia  
 A las frias cenizas compañia ,  
 Diciendo : «¿Es justo , dioses , que yo quede  
 En este solitario apartamiento ?  
 ¡ Ay , que de tibia fe y amor procede  
 No acabar de matarme el sentimiento !  
 El mal no es grande que sufrir se puede ,  
 Y corto al que no basta sufrimiento ;  
 Mas quiere el cielo dilatar mi muerte ,  
 Porque dure el dolor mas que ella fuerte. »

Aunque el odio y rencor disimulaba  
 Contra el pérfido hermano poderoso ,  
 Venganza al cielo sin cesar clamaba  
 Con ira muda y con gemir rabioso ;  
 Y cuando sola á ratos se hallaba ,  
 Desfogando aquel impetu bascoso ,  
 Soltaba con un bajo són gimiendo  
 La reprimida rabia y voz , diciendo :

« Traidor , dime ¿ qué caso irremediable  
 Debajo de hermandad y ley fingida  
 A maldad te movió tan detestable  
 Contra tu misma sangre cometida ?  
 Si fué sed de riquezas insaciable ,  
 Quitárasle el tesoro y no la vida ,  
 Templando tu impiedad y furia insana  
 El amor y respeto de tu hermana.

« Si no miraste , ingrato , al beneficio  
 Que dél como cuñado recibias ,  
 Miraras al nefario sacrificio  
 Que del hermano de tu madre hacias ,  
 Y al malvado y horrendo maleficio  
 En tu pecho forjado tantos dias ,  
 Pues no podrás decir que fué accidente ,  
 Que nunca nadie es malo de repente.

« Si de tu enorme intento y desatino  
 Me hubieras con indicios advertido ,  
 No por tan duro y áspero camino  
 El tesoro alcanzaras pretendido ;  
 Mas el mal cuando viene por destino  
 No puede ser á tiempo prevenido.

¡Ay! ¿Qué aprovecha el lamentarme ahora  
Que siempre es tarde ya cuando se llora?

«¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste  
Dejarte arrebatado de tu deseo,  
Tan ciego de codicia, que no viste  
Que matabas á Dido con Siqueo?  
Materia de maldad al mundo diste  
Con un hecho atrozísimo y tan feo,  
Que durará en los siglos por memoria  
De tu traición la abominable historia.

«¿Cabe en razón, es cosa permitida  
Que siendo tú traidor, siendo tirano,  
Perverso, atroz, sacrilego, homicida,  
Tengas con estos nombres el de hermano?  
Y viéndome contigo convenida,  
Mi crédito andará de mano en mano,  
Padeciendo mi honor agravio injusto,  
Que no dice la fama cosa al justo.

«Mas si huyo de tí, fiero enemigo,  
Te irrito á que me sigas pues que huyo,  
Si á mi marido en la fortuna sigo,  
Todo lo que pretendes queda tuyo;  
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,  
Mancho la fama y mi opinión destruyo,  
Que en parte ya parece que consiente  
Quien perdona ligera y fácilmente.

«¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,  
Que el cielo ni la tierra no le tiene,  
Y aquel forzoso y último, mi suerte  
Porque padezca mas me le detiene?  
¡Ay! que si es malo desear la muerte,  
Es peor el temerla si conviene,  
Que no es pena el morir á los cuidados,  
Sino fin de las penas y cuidados.

«Mas ya que el ser tú rey y recatado  
La venganza legitima me impida,  
Procuraré atajar tu fin dañado  
Con muestra doble y hermandad fingida;  
Y cuando pienses verte apoderado,  
Quedarás con mi súbita partida  
Sin hermana, tesoro y sin derecho,  
Y con la infamia del enorme hecho.»  
Así la triste reina dolorosa,

Sobre el rico sepulcro lamentando  
Pasaba vida triste y soledosa  
La venganza y el tiempo deseando;  
Pero de alguna fuerza recelosa,  
De su prudencia y discreción usando,  
Doméstica, amorosa y blandamente  
Al hermano escribió, que estaba ausente:  
Haciéndole entender que ya cansada  
Del llanto y soledad que padecía  
En aquellos palacios y morada  
Dó tuvo un tiempo alegre compañía,  
De la triste memoria lastimada,  
Dando algún vado á su dolor, quería  
Irse con él, poniendo fin al lloro,  
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente  
Una fornida flota le enviase,  
Donde con todo su tesoro y gente  
En arribando al puerto se embarcase;  
Porque con el seguro conveniente  
El mar que estaba en medio atravesase,  
Que era solo el temido impedimento  
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso  
Rey de aquello que tanto deseaba,  
Viendo que al fin y puerto venturoso  
Sus cosas la fortuna encaminaba;  
Alegre mas que nunca y codicioso  
Luego una gruesa flota despachaba  
De naves y galeras, bastecida  
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada  
Con presta y no pensada diligencia,  
Do la gente del rey desembarcada  
Fué luego á dar á Dido la obediencia:  
Que mostrando placer de su llegada,  
Con loable cuidado y providencia  
Hizo luego hospedar toda la gente  
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidadosa Dido  
Á su gente mandó que se aprestase,  
Y con alarde y público ruido  
Los empachados muebles embarcase:

Haciendo que de noche y escondido  
En su nave el tesoro se cargase  
Con tan grande secreto, que ninguno  
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,  
Llenas de gruesa arena y aplomadas,  
De fuertes cerraduras guarnecidas,  
Con dobles planchas de metal herradas:  
Estas fueron en público traídas;  
Donde á vista de todos embarcadas  
Daban muestra que en ellas iba el oro,  
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento  
Del lastimado pueblo se embarcaba,  
Dando presto la vela al manso viento,  
Que favorable en popa respiraba:  
La nave con sereno movimiento  
El llano y sosegado mar cortaba,  
Comenzando á seguir toda la flota  
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente día  
Corrió con viento próspero la armada,  
Mas ya que el mar las costas encubría,  
Y del todo se vió Dido engolfada,  
La noble y obediente compañía  
Al borde de su nave congregada

Hizo en torno allegar la demás gente,  
Que á la vista también fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,  
Que su designio y pretension no era  
Ir al injusto hermano cauteloso,  
De quien era enemiga verdadera,  
Porque con trato y término alevoso,  
Debajo de hermandad y fe sincera,  
Movido de sacrilego deseo  
Había dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella también, no asegurada  
De sus secretos fraudes y traiciones,  
Quería dejar la cara patria amada,  
Su reino, su morada y posesiones;  
Y al mar dudoso y vientos entregada  
Buscar nuevas provincias y regiones,  
Adonde con seguro viviría

Léjos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habían sido  
La causa de su daño y perdimiento,  
Matándole por ellas el marido,  
Y lo serían quizá del seguimiento,  
Todas consigo las había traído  
Con voluntad y resuelto intento  
De echarlas en el mar do pudiesen,  
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto  
Los cofres del arena barreados,  
Y con alarde y auto manifiesto  
En el profundo mar fueron lanzados.  
Los ministros del rey con triste gesto,  
Atónitos, confusos y turbados  
Se miraban, teniendo por extraña  
De la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,  
Que mudos y espantados los tenía,  
La furia del rey mozo conociendo  
Que el perdido tesoro aumentaría,  
Suspensos y medrosos no sabiendo  
Qué razón ó descargo bastaría  
A que el airado rey no los culpase  
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese  
Camino y coyuntura aparejada,  
Por do á su devoción se redujese  
La gente del hermano amedrentada;  
Antes que el tiempo y la tardanza diese  
Lugar á alguna novedad pensada,  
Haciendo sosegar toda la gente  
Les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mío  
Habeis visto á los ojos ya la prueba,  
Y como la fortuna á su albedrío  
Errando por el ancho mar me lleva,  
Podeis volver, si ya no es desvarío,  
A dar al rey la desabrida nueva  
Del tesoro anegado, y mi huida  
A tierra y á región no conocida.

«Pero ya conoceis por experiencia  
Su irreparable furia acelerada,



Que viendo que volveis á su presencia  
Sin el tesoro y prenda deseada ,  
Descargará con bárbara impaciencia  
Sobre vuestra cerviz la mano airada ,  
Sin escuchar descargo ni disculpa ,  
Añadiendo maldad y culpa á culpa .

«Y pues es de temer la tiranía  
Y el ímpetu de un mozo rey airado ,  
Que así del claro reino y patria mia  
A buscar nuevas tierras me ha sacado :  
Quien quisiere seguir mi compañía  
No se verá de mí desamparado ,  
Mas de todo el provecho y bien que espero  
Será participante y compañero .

«El lugar y aparejo es oportuno ,  
Y para haber consejo me remueve ,  
Así que pues sois sábios , cada uno  
Elija de dos males el mas leve :  
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno ,  
Y este dolor y lástima me mueve  
A quererós rogar que vais conmigo ,  
Por no ser yo la causa del castigo .

«Las muertes figurad y crueldades ,  
Que en vosotros habrán de ejecutarse ;  
No mireis á las casas y heredades ,  
Que todo por la vida es bien dejarse :  
Que en fortunas y grandes tempestades  
Solo en lo que se escapa ha de pensarse ,  
Conociendo que están todos los bienes  
Sujetos á peligros y vaivenes .»

A las razones de la reina atentos  
Los turbados ministros estuvieron ,  
Y en la perpleja mente y pensamientos  
Mil cosas en un punto resolvieron ;  
Al cabo aunque diversos los intentos,  
Todos de un parecer se resolvieron  
De seguirla hasta el fin en su viaje ,  
Dándole la obediencia y vasallaje .

La fe con juramento establecida  
Sin que ninguno dellos rehusase ,  
Dando vela á la flota detenida  
Mandó Dido que á Cipro enderezase ,  
Donde graciosamente recibida

Como allí su designio declarase ,  
Llevó del ciprioto pueblo amigo  
Ochenta mozas vírgenes consigo ,  
Para á tiempo casarlas con la gente  
Que en su servicio y devocion llevaba ,  
Buscando alguna tierra conveniente  
Donde fundar un pueblo deseaba :  
Así la via de la Africa al Poniente  
Con favorable viento navegaba ;  
Mas forzoso será segun me siento  
Dividir en dos partes este cuento .